

LONDRES, 22 de Abril de 1751.

MI QUERIDO AMIGO.

Ocurro ahora á ti como á uno de los mayores *virtuosos* de este siglo y tal vez de los pasados y futuros; á ti, cuyo juicio superior y ojo perspicaz libertaron al rey de Polonia de comprar en Venecia una mala pintura; á ti, cuyas decisiones en el reino de las bellas artes no tienen apelación. Vamos al asunto: se me ha enviado el catálogo de una venta á *l'amiable*, de algunas pinturas de los mejores maestros, pertenecientes á M. Araignón, camarero de la reina, que se verificará en el muelle de la *Mégisserie*, esquina del arco Marión. Observo que se anuncian, en la página 18, dos grandes cuadros del Ticiano. Los compraría con gusto, bajo dos condiciones: primera, que sean originales auténticos del Ticiano y bien conservados; segunda, que sean baratos. Para cerciorarte de lo primero, y sin menospreciar tu habilidad, querría que te entendieses con algunos prácticos, para que los examinen con cuidado; y si en consecuencia de un escrutinio severo, los reconocen unánimemente como originales del Ticiano y bien conservados, vendrá la segunda condición, el precio. No pienso dar por ambos arriba de doscientas libras esterlinas, y no me pesaría obtenerlos á menos precio si pudieses conseguirlo. Confieso que doscientas libras son al parecer suma muy pequeña para dos pinturas del Ticiano de tal tamaño; pero por otra parte, como las grandes pinturas italianas no están ya de moda en París, en donde ésta decide de todo, y como son demasiado grandes para las habitaciones ordinarias, quizá podrás conseguirlos al precio que he fijado. Dejo este negocio, excepto el precio que no aumentaré, á tu prudencia y consumado juicio, reforzados con el parecer de los peritos. Si los compras á este precio, hazlos llevar á tu alojamiento, y que pongan al segundo un marco enteramente igual al del otro, pues he observado que no lo tiene, y también que el marco antiguo se dore de nuevo; en seguida mandarás embalarlos con cuidado y me los enviarás por la vía de Ruán.

He sabido que tienes conversaciones frecuentes con los *beaux esprits* de París; celébrolo mucho, porque esto atrae cierta reputación, especialmente en esa ciudad, y sus conversaciones son por lo general instructivas aunque por lo común afectadas. Es menester confesar que la conversación civil de las personas de ambos

sexos bien educadas, sin ser siempre muy profunda, es siempre mucho menos fútil y frívola que la nuestra; á lo menos, versa sobre materias de gusto, puntos de historia, de crítica y aun de filosofía, que, sin ser tan sólida como la de Locke, es más interesante y más adecuada para seres racionales que nuestras frívolas disertaciones sobre el tiempo ó sobre el *Whist*.

¿Conoces á Crebillón? Es un buen pintor, un escritor agradable; sus caracteres son admirables y sus reflexiones exactas. Frecuenta estos bellos talentos, muéstrales agrado, pero no te envanezcas, no te jactes de su amistad para probar tu mérito, ni insultes en cierto modo á otras personas, diciéndoles con afectación que tú, Montesquieu y Fontenelle hablaban el otro día sobre tal asunto, como he oído á ciertas gentes de aquí respecto de Pope y de Swift, sin haberse hallado dos veces en su compañía. Tampoco llevés á otras sociedades el tono de las reuniones de los bellos ingenios: habla enhorabuena con ellos sobre literatura, gusto, filosofía, etc.; pero habla también con el mismo desembarazo y más jovialidad sobre peinados, tafetanes, etc. con madama de Blot si lo desea. Casi todos los asuntos tienen en el mundo su tiempo y lugar oportunos, y no hay uno solo cuya discusión deje de ser más ó menos conveniente. La dificultad consiste en hablar bien sobre la materia; el objeto más trivial procura á los hombres hábiles la oportunidad de manifestar su talento; y esto sólo lo enseña el uso continuo del gran mundo. Prepárate para esto como acostumbraban los atletas para sus ejercicios; aceita, por decirlo así, tu espíritu y tus modales para darles la blandura y la flexibilidad necesarias; la fuerza sola no basta como los jóvenes se figuran fácilmente.

¿Qué tal van tus ejercicios? ¿Puedes montar un *saltador* vigoroso entre los pilares? ¿Montas aún con estribos? ¿Pones en aprieto á tu adversario en la esgrima? Pero sobre todo ¿qué dice de ti Marcel? ¿Está satisfecho? Te encargo que me escribas con más extensión sobre estos particulares, porque aunque recibo noticias frecuentes, deseo ver tu historia de tu propio puño. Á Dios con la mayor sinceridad y ternura.

LONDRES, 2 de Mayo de 1754.

MI QUERIDO AMIGO.

Recibí últimamente noticias tuyas de dos excelentes jueces que me procuraron sumo placer, porque me hacen concebir esperanzas de que adquirirás muy pronto las prendas que te faltan para que seas un caballero completo. Como estos dos retratos difieren mucho de los que recibí y te remití hace algunos meses, voy á nombrarte los dos pintores. Uno es mi antiguo amigo M. d'Aillon, y espero que su dibujo es parecido porque es bastante bueno. El de M. Tollot es aún mejor, y tan favorable, que no pienso mandarte la copia temiendo que te entre mucha vanidad. Todo lo que puedo decirte es, que sólo había un *pero* en cada uno de ellos; y que sólo después de haber aplicado á M. d'Aillon la cuestión ordinaria y extraordinaria sobre el artículo importante de las maneras, pude arrancarle esta confesión: *Pero supuesto que Vd. insiste, debo decirle que todavía necesita la última mano de barniz para avivar los colores y realzar la pieza. Persuádase Vd. de que adquirirá lo que le falta porque tiene demasiado talento para conocer lo que vale; y si yo no me equivoco, más de una persona trabaja en el día con tal objeto.* M. Tollot dice: *Para ser lo que Vd. desea no le faltan más que aquellas pequeñas frioleras, aquellas gracias y aquella amable franqueza que sólo puede darle el trato con gente distinguida; y se me ha asegurado que está en buenas manos para alcanzar estas prendas.* Te felicito como también á mí, de que te halles tan cerca del límite que tan ardientemente deseo llegues á tocar; y estoy seguro de que todos tus cuidados y esfuerzos tenderán á este fin. M. Tollot dice que tu naturaleza propende á engordar, pero me prometo que tratarás de evitarlo cuanto sea posible; no quiero decir por esto que tomes corrosivos que te enflaquezcan, sino que evites comer y beber todo lo que pueda dar pábulo á la gordura. No tomes chocolate, sino café sin leche. Es imposible que evites las cenas de Paris sin evitar la compañía, cosa que no permitiré por nada de este mundo; come sin embargo los menos manjares que puedas, y aun disminuye tus comidas en proporción á lo que gustares en las cenas. Toma de tiempo en tiempo una doble dosis de picadero y de esgrima; y ahora que va á entrar el verano paséate á menudo en las Tullerías. La gordura es cosa molesta y poco graciosa en un joven. Á propósito, ya

olvidaba decirte que he encargado á M. Tollot que vigile particularmente tu pronunciación y tu elocución, puntos de la mayor importancia. Sobre el primero dice: *Su pronunciación no es mala, pero sería de desear que fuese mejor; se expresa con más fuego que elegancia. El trato con la buena sociedad arreglará también todo esto.* Confieso que estas son cosas que parecen imperceptibles tomadas separadamente, pero reunidas forman un artículo de importancia en la cuenta de un caballero. No alimentes esperanzas de figurar nunca en la cámara de los Comunes si no tienes un estilo elegante y una bella elocución; nunca lucirás como palaciego en esta corte, ni como ministro en cualquiera otra, sin todas estas pequeñas pero importantes circunstancias.

Supongo que M. Yorke se halla actualmente en Paris. Hazle la corte, pero de modo que Lord Albermarle no se disguste, porque podría tal vez resentirse si considerases á M. Yorke como el hombre de los negocios y á él únicamente como figurón en la escena. Sea cual fuere tu opinión sobre este punto, no la manifiestes; procura estar bien con ambos sin mostrar á uno cierta preferencia que desagrade al otro.

Aunque necesariamente debo incurrir en repeticiones tratando tan á menudo el mismo asunto, no puedo dejar de recomendarte la mayor atención á tu talante y maneras. Aplícate á las lecciones de Marcel con la misma diligencia que antes á las del profesor Mascow; pídele que te enseñe todas las actitudes agradables que puede tomar el cuerpo humano; que te haga entrar y salir varias veces en su sala, y preséntate á él como si representase tal ó cual personaje, como un ministro, una dama, un superior, un igual, un inferior, etc. Aprende á sentarte como conviene en toda especie de sociedades; á tomar el aire de dejadez y de flojedad que fuere admitido en donde estés autorizado para tomarte alguna licencia, y á permanecer con aire respetuoso en donde no se tolerare la misma libertad. Aprende á acomodar tu semblante, ora respetuoso, ora insinuante y ora jovial, para mostrarlo según las diferentes ocasiones. Ten cuidado de que el movimiento de tus brazos sea fácil y libre, porque la gallardía de una persona consiste en esto más que en ninguna otra cosa, sobre todo al bailar; suplica á las damas de tu confianza que te adviertan francamente cualquiera cosa desagradable que notaren en ti. Las mujeres son los mejores jueces en esta materia, y si ellas están satisfechas, los hombres llegarán pronto á estarlo. No pienses más que en las decoraciones. ¿Conoces á madama Geoffrin? Es muy vivaracha y

según se me ha dicho sólo recibe en su casa gente escogida. ¿Visitas á madama Dupín, que me acuerdo era hermosa, y que pasa por mujer de talento é instrucción? Desearía que tus conexiones sólo fuesen con personas que por su clase ó su mérito reclamasen una constante atención; porque no es posible que un joven haga progresos en compañía de quienes se considera autorizado para ser negligente. Un arco nuevo debe estar siempre tirante, y cuando el tiempo le ha dado la forma que debe tener, puede aflojarse de vez en cuando.

Acabo de pagar tu libranza de 89 libras esterlinas y 45 chelines. Nada hay que decir de la mano que la firmó, y esto prueba que se puede escribir bien sin acudir á la mágica. No hay cosa que me irrite más que oír decir á los indolentes que no pueden hacer lo que está al alcance de todos si tienen voluntad para ello. Á Dios.

LONDRES, 6 de Mayo de 1751.

MI QUERIDO AMIGO.

Los mejores autores son siempre los críticos más severos de sus propias obras (a), y las examinan, las corrigen, las liman y pulen, hasta que creen haberlas perfeccionado. Yo te considero como obra mía, y no teniéndome por mal autor, soy un crítico bastante severo. Examino prolijamente las menores máculas, no para divulgarlas, sino para corregirlas y perfeccionar la obra. Sé que tus modales han mejorado mucho desde que te hallas en París, pero aun tienes que hacer nuevos progresos antes de alcanzar aquella pulidez que con tanto anhelo te desea mi corazón, y hasta entonces no dejaré de bruñirte. En carta de un amigo tuyo residente en París, que recibí por el último correo, se hallan estos renglones. *Tengo el gusto de anunciar á Vd. que los progresos que hace aquí M. Stanhope son superiores á los que deberían esperarse de un joven de su edad. Frecuenta las mejores sociedades, y aquel airecillo que á los principios parecía algo brusco y decidido,*

(a) Si quieres libre de error
Tu libro al mundo ofrecer,
No como Autor le has de ver;
Le has de ver como Lector.

(J. IRIARTE). Tr.

se juzga ahora de muy distinta manera, porque se ha conocido que sólo es efecto de la franqueza, acompañada de la urbanidad y de la deferencia. Sus esfuerzos por agradar son notorios y lo consigue. Madama de Puisieux hablaba de él el otro día con amistad y complacencia, y me parece que Vd. puede darse por satisfecho bajo todos aspectos. Muy bueno es esto y lo celebro mucho; sólo hay una pequeña circunstancia que espero podrá corregirse. Tómame el trabajo de desengañar á los que se figuran que ese airecillo es algo brusco y decidido; no siendo esta tu intención, debes evitar las apariencias que lo harían creer. Acomoda tu semblante á la dulzura y á la complacencia; emplea ciertos términos que denoten desconfianza de tu opinión y deferencia á la de los demás. v. g. *Si me es permitido decir; creería; ¿no sería más bien así? tengo algún fundamento para desconfiar de mi juicio.* Estas palabras mitigan, calman, sin debilitar por eso el razonamiento; al contrario, le dan más fuerza haciéndolo más agradable. Si la vivacidad y la precipitación de tus palabras se consideran como tono decidido y perentorio, trata de prevenir este error hablando reflexivamente y con un metal de voz más templado; porque hallándote libre de delito, debes estarlo igualmente de sospecha. Los hombres, te lo he dicho infinitas veces, se rigen por las apariencias más que por la realidad; y tratándose de opiniones más valdría ser áspero y brusco en realidad, con apariencia de dulzura, que *viceversa*. Pocas gentes tienen sobrada penetración para descubrir, atención suficiente para observar ó aun interés bastante para examinar, más allá del exterior. Buscan sus nociones en la superficie y de ahí no pasan. Para ellas el hombre más civil y amable del mundo es aquel que tiene un exterior más atractivo, aunque sólo lo hayan visto una vez. El talante, el tono de voz, el aspecto suave y benévolo, cosas fáciles de adquirir, producen este efecto; y sin otro examen, y quizá con cualidades contrarias, se tiene á un hombre por el más modesto y de más buena índole que darse pueda. ¡Feliz aquel que con un caudal de saber aprende el mundo desde temprano, para burlarse de él á una edad en que la mayor parte son la burla del mundo! Porque tal es la suerte ordinaria de los jóvenes; adquieren experiencia cuando ya es tarde, y llenos de vergüenza de haber sido burlados tanto tiempo, terminan por ser bribones. No te fies en las apariencias, pero paga á los otros con esta moneda, seguro de que nueve entre diez la aceptarán. No es una falsedad criminal ni reprehensible cuando no se usa con mala atención. De ninguna manera soy yo

culpable porque deseo obtener la aprobación, la benevolencia y el afecto de los demás, si mi designio no es engañarlos. Bien sé que tu corazón es bueno, tu juicio despejado y tus conocimientos extensos. ¿Qué es pues lo que te falta? Nada sino embellecer estas cualidades fundamentales con una exterioridad que captive, con una dulzura que atraiga, con unos modales que seduzcan á aquellos que son capaces de juzgar de tu valor real, como aquellos cerca de quienes pasan estas cualidades por verdadero mérito. No intento recomendarte que seas un *almivarado empalagoso*, ni que muestres la insípida complacencia de un necio condescendiente: no, mantén tu opinión, opónla á quien paderiere error; pero cuida de que tus modales, tu aire, tus términos y el sonido de tu voz sean suaves y agradables, naturales y sin afectación. Cuando te vieres forzado á contradecir, sírvete de paliativos, v. g.: *puedo engañarme; no estoy seguro pero creo; me parecería más bien, etc.* (a). Termina tus argumentos y tus discusiones con algunos rasgos jocosos para hacer ver que no estás picado ni deseoso de picar á tu antagonista; porque una disputa obstinada enajena por algún tiempo á las partes contendientes. Te encargo que observes en los franceses que se distinguen por este lado, aquella blandura de maneras de que hablan tan á menudo y que aprecian tanto: mira en qué consiste, y hallarás que son puras bagatelas, tanto más fáciles de adquirir cuanto mejor es el corazón. Imítalas, cópialas hasta que te sean habituales. Sin cumplimiento, creo que esto es lo único que te falta.

Ayer comieron en mi casa dos personas que tú conoces: el barón de B*** y su compañero M. S***. No puedo decir que el primero esté *pétri de grâces*; más bien le aconsejaría que permaneciese tranquilo en su casa que pensar en formarse viajando: no es de la madera de que se hacen los hombres cabales. Su compañero vale mucho más, aunque tiene un fuerte *tocco di tedesco*. Ambos hablan muy bien de ti y yo se los agradezco.

Á Dios. Nada me has escrito durante tres semanas que me han parecido una eternidad.

(a) Franklin dice que conservó la costumbre de no emplear nunca en las controversias y negociaciones las palabras *ciertamente, seguramente, indubitavelmente* y otras semejantes, sino que decía: *creo, supongo, así parece, la cosa ó el hecho es así si no me engaño, etc.* Tr.

LONDRES, 10 de Mayo de 1754.

MI QUERIDO AMIGO.

Á la vez recibí ayer tus cartas del 2 y del 7, siendo más cuidadoso que tú en mis comisiones, te participo inmediatamente mi resolución definitiva sobre los cuadros. Dices que el hombre es pintura del Ticiano bien conservada, y que la mujer es muy inferior á la otra y además, algo deteriorada. Como yo los necesito para adorno de una sala particular, ambos compañeros son indispensables, y en consideración al hombre me veo tentado de comprar á la mujer buena ó mala. Si su maltrato es considerable, la mandaremos restaurar por mano hábil, como sucede aquí con más de una belleza; pero en esta compra espero que la mujer se confunda en cierto modo con el hombre, y visto que se halla deteriorada, no quiero dar por ambos arriba de ochenta luises. Por lo que hace á la pintura de Rembrandt de que me hablas, aunque es muy barata si es buena, no me entra codicia. Yo amo la simple y bella naturaleza y Rembrandt sólo pinta caricaturas.

Deseo que de tiempo en tiempo vayas á pasar dos ó tres días á Orly á casa del mariscal Coigny; es una atención debida á aquella familia por lo mucho que te ha distinguido. Además, querría que te pusieses al corriente de las costumbres domésticas y de la vida interior de las personas de categoría. También te recomiendo que vayas con frecuencia á Versalles y á St-Cloud. Como en ambas cortes se te ha recibido ya con agrado, debes aprovechar de este favor y familiarizarte en ellas. Las cortes de primer orden son el asiento de las buenas maneras, y como tú debes vivir en ellas, no malogres el tiempo de estudiarlas. Ve por tres ó cuatro días á Versalles en donde puedes vivir como de casa en las mejores familias, gracias á tu amiga madama de Puisieux, y á mi amigo el abate de La Ville. Asiste á las audiencias matinales del rey y del delfín, y distínguese del resto de tus compatriotas que, me atrevo á decir, no van allí sino cuando no pueden evitarlo. Aunque los jóvenes franceses de altas familias merezcan poco que se formen conexiones estrechas con ellos, sin embargo, su conocimiento es útil, y yo no veo que puedas evitarlo frecuentando tan buenas casas francesas, en donde sin duda concurrirán muchos de ellos. Muéstrate circunspecto en la elección de tus amistades, pero al mismo tiempo ambiciona y aun aplicate á hacer

nuevos conocimientos. No seas difícil por este lado; al contrario, atrévete á dar los primeros pasos; este es el único medio de conocer las maneras y los caracteres, en general, lo cual es por ahora tu grande objeto. Ya se te considera como de casa en las familias de tres ministros, pero yo desearía que estuvieses bajo el mismo pie en las de varios otros, cosa que me parece bastante fácil siguiendo aquella cadena que va de tus conocidos á los que no lo son. Por ejemplo, supongo que ni Lord Albermarle ni el marqués de Saint-Germain tendrían ninguna dificultad para presentarte al conde de Kaunitz, al nuncio etc. Es necesario acostumbrarse al mundo, y esto no puede ser sin conocimientos variados, extensos y casi universales.

Espero que las lecciones de tu descarnado *Philomathe* y sus triángulos y romboides, no te robarán un solo momento del tiempo consagrado á la sociedad. Gusta de todo tu saber por la mañana y digierele en las concurrencias de por la noche. La lectura de diez caracteres te interesa ahora más que la de veinte libros viejos; los espíritus brillantes sacan siempre más partido que los que sólo son sólidos. Si deseas llegar á ser algún día hombre eminente en el mundo, trata de brillar en él desde joven; conoce cada carácter y agrádalo en consecuencia, esto es, exteriormente, porque en lo principal es imposible.

Observas con razón que M*** es torpe, pero debemos esperar que se corregirá en la buena sociedad: como apenas sale de la escuela, es necesario verlo con indulgencia: mas figúrate lo que pensarías de un hombre que después de haber vivido en el mundo tuviese igual torpeza. Por el amor de Dios, no pienses más que en lucir y distinguirte en las cortes por tu aire, tus maneras, tu urbanidad, tu blandura y tus gracias. Con estas prendas puedes estar seguro de suplantar á todos tus rivales. Á Dios.

LONDRES, 16 de Mayo de 1754.

MI QUERIDO AMIGO.

Es probable que nos veamos dentro de tres meses, momento que veo venir como una joven la noche de sus nupcias; espero el mayor placer, y sin embargo, una idea de espanto me lo representa amargo. Mi razón me ordena dudar un poco de lo que mi imaginación me hace esperar. Estoy seguro de que corresponderás

á mis deseos sobre ciertos puntos que son los más esenciales; mas sobre otros, temo lo que es más fácil sentir que explicar. Sin embargo, voy á tratar de hacerlo. Temo que te falte aquel *no sé qué*, tan amable, tan atractivo, que, como los filósofos han dicho del alma de un modo bastante obscuro, es el todo en todas las cosas y el todo en todas sus partes. Recelo que te falte aquel aire, aquella primera impresión, que se apodera del corazón sin saber claramente cómo ni por qué; temo que no tengas aquella forma elegante y correcta de estilo, sin la cual el mejor asunto se rebaja y envilece, y en fin, temo una pronunciación innoble y desagradable que eche á perder todo lo demás. Si estos temores tuviesen ahora fundamento, los objetos son, gracias á Dios, de tal naturaleza, que puedes desvanecerlos de aquí á nuestra reunión. Estas prendas seductoras son materiales y pueden adquirirse á fuerza de cuidado y de observación, con la misma facilidad con que se aprende cualquiera arte mecánico. Un campesino que deja el arado y sienta plaza en un regimiento veterano, olvida pronto su modo grosero de andar, su aire inculto, sus movimientos torpes y encogidos, y adquiere el garbo marcial y las nociones regulares; el ejercicio ablanda su cuerpo y agilita particularmente el manejo de sus manos. ¿En qué consiste esto? No en su talento porque es el mismo que tenía antes de alistarse; pero le ha entrado la laudable ambición de igualar á aquellos con quienes vive, ó bien teme el castigo si no se pone bajo el mismo nivel. Si pues ambos ó uno de estos motivos influyen en el cambio de este rústico en el espacio de seis meses, hasta el punto de hacerse desconocido, ¡cuánto más poderosos no deben ser para ti con la mira de aprender perfectamente el ejercicio de las gentes cultas con quienes debes pasar toda tu vida! La ambición debería excitarte por lo menos á igualarlas como también el temor del inevitable castigo que siempre recae sobre aquellos que no son diestros en este ejercicio, esto es, en el aire, las maneras, las gracias y el estilo de las gentes cultas y bien educadas. Uno de tus amigos, en carta que recibí por el último correo, después de otros encomios que te prodiga, dice: *Es en verdad cosa extraña que pensando con tanta solidez y teniendo un gusto tan seguro y delicado, se exprese con tan poca elegancia, y aun que descuide enteramente la elección de las palabras y el redondeo de las frases.* Esto no me sorprendería ni me causaría tanta inquietud, si sólo se tratase del idioma inglés, que hasta ahora no has tenido ocasión de estudiar ni de hablar á menudo, á lo menos con aquellos que